FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA

COLECCION DE FOLKLORE

SANTA FE

146

WHCELWRIGHT

Maestro MARÍA ESTHER MARCET Escuela Nº 30

Fojas 4

OBSERVACIONES

Localidad - Wheelwright
Escuela: Nacional Nº 30.
Nombre: María Esther Marcet
Nombre de la persona que lo narró: Srta Máxima Abaca.
Edad " " " " " : 87 años -

(Ejemplo de curanderismo.)

¡La civilización y la barbarie!, he aquí frente a frente los dos extremos antagónicos de la vida universal.

El uno, potente y dominador, soberanamente se irgue lleno de luces, rebosante de verdades claras, tal como la aurora de un hermoso día que se levanta irradiando magestuosa como un astro y ahuyentando fantasmas....

El otro, envuelto pesadamente con el espeso velo de la ignorancia, permanece allí, en su eterno letargo, ajeno a los encantos y maravillas de la naturaleza.

¡Luz y sombra!, uno se eleva, avanza gradualmente y a su paso todo lo absorbe y lo conquista; otro, decae lentamente y a su paso todo lo entorpece y lo degrada.

Si pudiéramos remontarnos a la época en que todo lo que hoy se conoce fué un misterio, en que todo permanecía aun envuelto en la mayor penumbra, largo, muy largo y estéril resultaría el querer adivinar el móvil que impulsó a innumerables cerebros laboriosos para conseguir al fin grandes descubrimientos que enriquecieron a las ciencias.

Hoy, todo, todo en la Naturaleza, el más conocido de los árboles la más vulgar de las flores, el más insignificante de los objetos, en un espíritu realmente investigador puede ser motivo de intensos estudios, de enormes desvelos.

La belleza de la Naturaleza escita por si misma nuestra audición. Sus misterios y maravillas atrajeron a nuestros antepasados que hicieron tentativa tras tentativa, como enamorados de ellas, llegándonos por fin hermosas conquistas, orgullo y gloria de su época.

Pero aún desgraciadamente quedan débiles cerebros que se oponen tenazmente, a las verdades que la ciencia día a día comprueba y ellos, ¡los ignorantes! viven y hacen vivir a los suyos en un mundo de tinieblas.

He aquí un ejemplo que nos demuestra la fatal credulidad que poseían:

En una triste y miserable casita vivía un matrimonio que dentro de su pobreza contábase muy feliz, con su única hija, que como tal era muy mimada y querida.

Quejábase la niña desde hacía tiempo de fuerte dolor de cabeza que afectaba habitualmente a sus padres. Cansados de emplear medicamentos sin resultado alguno, un día la casualidad hizo llegar a las puertas de su casa a una viejecita que tenía fama de curandera.

Requeridos los anciños a ésta, ordenó lo siguiente: buscar una suela de zapato viejo que hubiese estado medio día expuesta al sol y hacer con ella un thé que debía beber la niña.

La señora cumplió la órden y al ver que no mejoraba su hija, informó a la curandera el mal éxito de su cura, y ésta manifestó que no le había causado efecto debido a la poca dosis y que era necesario hacer el thé de las dos suelas de zapatos.

La lamentable ignorancia que poseían permitióles concebir tan estraño remedio, cuyo efecto, lejos de ser favorable hubiérale resultado perjudicial, dadas las condiciones higiénicas que podía tener aquellas suelas después de haber sido usadas largo tiempo.

Cuantos espíritus vulgares, que como los de mi ejemplo, aun hoy cuando la civilización avanza con agigantado paso, y se esparce por los rincones más apartados del Universo, permanecen ciegos e indiferentes a las verdades que las ciencias nos revelan. Para ellos, los encantos de la Naturaleza, las maravillas de la vida, palidecen y no tienen mérito al lado de sus supersticiosas creencias y de sus falsas y torpes ideas.

Hoy, que todos conocemos los esfuerzos humanos realizados para aclarar todo lo que antes fué desconocido, hoy, que estamos en una era de progresos y que felizmente hay cerebros, capaces de interpretar al Universo, en todas sus infinitas manifestaciones, hoy, llevemos nuestra imaginación a los tiempos ya lejanos y juzguémosle por lo que de ellos nos hayan contado, ¡cuan

triste y miserable nos hubiera resultado la vida en aquellos tiempos!..

ESCUELA Nº 80 * Provincia de SANTA FÉ *

María Esther Marcet.

El peñasco maldito

(Tradición Riojana).-

Allá en las lejanías de Famatina, arrullado por el murmullo monótono de los urundays y quebrachos, que balancean sus ramas al hielo helado del cierzo: como una bandada de gaviotas tendiendo su vuelo en la llanura, se destaca un blanco caserío.

En el escuálido esqueleto de sus árboles desgajados por las ráfagas invernales, los pájaros se cantan sus querellas, como elevando un rítmico saludo al Andes majestuoso, que levanta imponente su agrietada frente cubierta de nieve.....

Aquel día vencido a duras penas la impenetrable maleza, que formaban en las quebradas del camino, las plantas espinosas, a guisa de guardianes celosos de las rocas; cruzaba el valle, acompañado del capellán del lugar, amable cicerone que con una facilidad poco común satisfacía solícito, a las múltiples preguntas que le dirigía disculpables hasta cierto grado pues por ser nuevo en el pago (como vulgarmente se dice) el menor detalle aguijoneaba mi curiosidad.

Nos habíamos propuesto ascender a las sierras. Aquellas cumbres que tapizadas de incienso y pedernal surgían a lo lejos dominando el bello panorama, me fascinaban; era mi ideal soñado llegar hasta la mansión de los cóndores.

Habíamos ascendido a una respetable altura, cuando mi viejo compañero, tomóme de un brazo diciendo con voz insegura y temblorosa:

— Volvamos, los animales se muestran inquietos vea Vd. como huyen. ¡La víbora cascabel debe andar cerca!...

— ¿Se conoce Vd. por el movimiento de los animales? pregunté con sorpresa, y algo dominado por el temor.

— Sí, repuso, la mayoría de los animales tienen su particularidad; así como entre las aves se distingue la urraca por lo afecta a esconder los objetos, entre los ofidios distínguese esta víbora por el miedo que denotan los animales al percibir su proximidad, por el olor particular que despide y el ruido característico de sus anillos.

— Además, agregué, ella huye de los hombres, y no es el suficiente motivo para desistir de este paseo, que tantas sorpresas nos promete.

— Oh, si fuera Vd. del lugar no diría eso! y luego señalando con el dedo índice de su diestra, en dirección a las rocas agregó: ¿Ve Vd. ese peñasco?..

En efecto; allá a lo lejos dominando el marco, se columbraba altanero un peñasco cubierto de nieve, cuya forma curiosa, semejaba una visión extraña algo así como un habitante misterioso de las cimas.

— Ese es el Peñasco Maldito, me dijo. El encierra una tradición tristísima para nuestro pueblo y cuando la cascabel agita sus anillos, ese murmullo siniestro hace revivir en nuestra mente un recuerdo fúnebre; y como si fuera a caer, esto al decir, vaciló su pie, y con acento tembloroso repitió ¡volvamos!

Despertaron vivamente mi curiosidad aquellas palabras y sin vacilar le invité a que se sentara sobre una esplanada que formaban las peñas, pidiéndole a la vez me relatara aquella tradición.

Don Jacobo (que así se llamaba mi compañero) lió un cigarro y queriendo ocultar las lágrimas que se obstinaban en salir comenzó el relato: Esas rocas que se nos presentan seductoras, y en cuyas quebradas crecen lozanos los laureles y cedrelas, ocultan engañadoras, bajo la pútida aureola de su túnica nevada un capítulo siniestro, que los cóndores indómitos plegando su vuelo a las alturas, lo cuentan a las cimbres en su grazuar potente. Ellas son para nosotros como esas mujeres seductoras que atraen con las caricias de sus ojos y que bajo una belleza de virgen y una palidez de lirio, ocultan un corazón cruel, tan cruel que no palpitaría sino contara víctimas; y luego cambiando de acento agregó. ¡Pobre muchacho! como las plantas salvajes que crecen en el maizal costero, sin que nadie las plante; así él, era solo, no conocía familia, no conoció el purísimo beso de la madre, el verdadero beso. No meció su cuna la mano diligente del padre; nadie adormeció los crepúsculos rosados de su infancia; era huérfano, y así como esas yerbas salvajes que en medio de sus espinas guardan celosas sus lucientes flores de corolas fragantes, así también tenía sus galas, tenía sus fantasías, soñaba con besos y se adormecía al choque de un suspiro .... ¡Era poeta! cada nota de su guitarra era una queja, su voz no era esa voz farsante del artista que canta para distraerse, ella brotaba del corazón, era la desgarradora queja del martir que desborda el caudal de su dolor, agobiado de sufrir

su vigüela lloraba, y la cándida tórtola, la dulce amiga de las penas le acompañaba llorando en sus melódicos suspiros como contando a las flores, lo inmenso de su duelo.

Le llamaban Gnacho, y al oir el humillante apelativo; desgraciado, como el reo que se arrepiente de un delito, inclinaba la cabeza avergonzado y lloraba.... ¡Lloraba herido su espíritu sensible de poeta y mártir, por la ruda saeta de la injusticia!....

Esas noches grises, en que todo gime, y el cierzo silba su poderoso Himno de destrucción en las quebradas andinas, eran sus noches. Hijo del misterio, surgido de un arcano insondable para él, amaba la voz del trueno y sonreía, a la fatídica y rojiza carcajada del relámpago. Esas noches celestes, como un limpio de ensueños en que la luna como una princesa pálida, se contemplaba coqueta en los esteros, le inspiraban temor; porque aquellas le hablaban de un algo que él no conocía y éstas en cambio le evocaban a la memoria palacios de oro, países extraños donde los lagos son de perlas, donde todos son felices y viven arrullados por las caricias de sus madres, donde en fin él jamás podría llegar, pues era bastardo y la sociedad injusta, la sociedad cruel, que condena en los hijos las faltas de los padres, se burlará de él, le expulsaría indignada.

El fatalismo como potencia superior a su voluntad le sumergía en ese quietismo inerte, de los que creen que su fin está escrito dominados pues por eso que él creía un decreto absoluto, y por su espíritu idealista, en sus locas fantasías, soñó que existía una visión extraña, una sílfide nocturna que desde las peñas llamaba a los poetas, para beber el nectar de sus rimas y saciar su sed de artista, soñó que ella besaba las frentes coronadas de los bardos, y los mataba luego con el fuego de sus besos y él, el que nunca conoció lo que era una palabra de cariño hacia su miserable humanidad, quería dejar el mundo, deseaba remontar su alma a otras regiones; esternada y sin vida su materia por el arriscado fuego de aquellos óculos, primeros y últimos que recibiría en rostro escuálido y enjuto.

Resaltando imponente sobre la densa bruma de las noches lóbregas se levantaba "el Peñasco Maldito" como el genio de las cumbres. El le había visto surgir allá tras los velos de sus sueños, rodeado por un séquito de lujosos cóndores, que agitaban magestuosos sus alas, dejando caer sobre su nívea túnica una lluvia

de lirios pálidos y en sus delirios veía una mujer deslumbradora que le llamaba con rítmica voz, y a ella cantaba en su guitarra, confiándole el secreto de su duelo, desde las márgenes floridas del dormido arroyo, en las noches lóbregas sombrías en que el trueno hace estremecer los cerros, y el relámpago refleja su sonrisa roja en los esteros.

Una noche, noche triste y de fatal recuerdo, en que la cascabel agitaba desde su cueva los anillos como llamando a la terrible tempestad y los cóndores, rabiosos graznaban en las cumbres, el loco visionario se decidió realizar su proyectado viaje a la mansión del genio, deseoso de morir al calor de los besos, de la sílfide nocturna que desde las peñas llamaba a los poetas, para beber el nectar de sus rimas y saciar su sed de artista y resueltamente, tomó camino en dirección al que hoy se llama "Peñasco Maldito".

Al día siguiente, su cuerpecito escuálido, estaba exánime sobre las rocas, desgarrada parte de sus carnes por los cóndores hambrientos. Los ojos del muerto opacos y sin brillo aun estaban fijos en la cumbre, y en sus labios secos y amoratados brillaba todavía como queriendo remontarse hasta ella, una sonrisa de su espíritu idealista. Pobre! no llegó hasta la cúspide de su gloria, pero murió luchando y los laureles que crecen en las quebradas agitaron sus hojas llorando al bardo.....

.....

ESCUELA Nº 80 * Provincia de SANTA FÉ *

María Esther Marcet

- Weed Wright -